

**AURELIO M. ESPINOSA**

*Introducción y revisión de Luis Díaz Viana  
y Susana Asensio Llamas*

*Cuentos populares recogidos de la tradi-  
ción oral de España*

**MADRID:** CSIC - Colección De acá y de allá.

Fuentes etnográficas

**AÑO:** 2017 [2009]

**PÁGINAS:** 868

**ISBN:** 978-84-00-08837-8

**JUAN JAVIER RIVERA ANDÍA** / UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS, PERÚ.

## Reseña

Luego de haberse educado por completo en los Estados Unidos, su país natal, y terminado sus estudios en la universidad de Chicago, Aurelio M. Espinosa emprendería, en la primera década del siglo XX, sus primeras recopilaciones de cuentos en los Estados de Nuevo México y Colorado. Algunos años después de sus primeras publicaciones al respecto (paralela a la de libros de texto sobre gramática, conversación o pronunciación en español), ya en 1920, la American Folklore Society le encargaría una recopilación de mayor envergadura, esta vez en España. Esta recopilación contaría, además, con el apoyo, en Madrid, de Ramón Menéndez Pidal, quien le proveería de un inestimable mapa lingüístico-folklórico (p.18) —sobre cuya confección lamentablemente no tenemos más datos— que guiaría sus expediciones. Después de pasar cinco meses (p.57) transcribiendo a mano (p.19) los cuentos que recogería en varias regiones de España (aunque, aparentemente, solo en lengua castellana), su recopilación —cuya importancia es descrita por Díaz Viana y Asensio Llamas en los siguientes términos: «*un hito no conseguido por nada de lo que se había recogido y publicado antes, ni tampoco superado por todo lo que se editará después*» (p.21)— sería finalmente publicada, en tres volúmenes y en castellano, por la Universidad de Stanford, entre 1923 y 1926.

La reimpresión de la nueva edición que ahora nos ocupa —casi un siglo luego de su publicación en Norteamérica y tres cuartos de siglo

después de la primera edición del CSIC, aparecida «*en pleno régimen franquista*» (p. 14)— incluye tres cambios que la distinguen de las anteriores. El primero es la redistribución de los análisis en función de los grupos de cuentos recopilados, y el segundo es la unificación de todo el material en un solo volumen: «*ofrecemos aquí la obra como podemos pensar que el autor debió concebirla, con todos los volúmenes reunidos en un solo tomo y con los estudios reordenados, acompañando a los bloques temáticos*» (p.16). El tercer cambio es la omisión del prólogo institucional de la edición original del CSIC de 1946, prólogo escrito al «*estilo del nacional-catolicismo imperante*» (p.13) de la época y cuyo autor es descrito, en palabras de Díaz Viana y Asensio Llamas, como «*uno de esos académicos inquisitoriales que incoarán expedientes de depuración contra sus antiguos compañeros*» (p.14). En lo demás, la edición se mantiene fiel a la original, e incluye una muy útil introducción tanto a la obra en cuestión como a la biografía de su autor.

En lo que respecta a este último, la introducción de Díaz Viana y Asensio Llamas invoca su búsqueda de la propia identidad familiar (p.18) como uno de los motivos detrás del «*afán y pasión por comparar*» (p.15) en Espinosa. Recuerdan que el autor nace, en 1880, en el seno de una familia emigrada a Colorado desde Nuevo México (que solo unas décadas antes, en 1848, había sido anexado por Estados Unidos), donde los hispanohablantes debían convivir tanto con la población anglófona (a la que superaban en número) como con la indígena autóctona (cuyas hostilidades no habían cesado todavía). Todo parece indicar, pues, que Espinosa integró una familia cuyos rasgos culturales se habrían vuelto, en su región y en el lapso de unas pocas décadas, de hegemónicos en marginales.

Ahora bien, sean cuales fueren sus motivaciones, la ambición de Espinosa, en sus propias palabras, no es otra que el de contribuir al establecimiento, «*de manera definitiva y verdaderamente científica [de] los tipos fundamentales de todos los cuentos hispánicos conocidos*» (p.64). Lo que se propone es, pues, contribuir a la «*clasificación verdaderamente científica*» que entonces impulsaban autores tales como Johannes Bolte, Jiří Polívka, Jan De Vries o Antti Aarne, llenando el vacío de materiales hispánicos del que, en su opinión, adolecían sus obras. Cabe notar aquí la ausencia de referencias a la obra fundamental de Vladimir Propp, *La morfología del cuento* (1985), publicada, en ruso, casi al mismo tiempo que la de Espinosa, pero que lamentablemente no comenzaría a ser traducida al inglés, francés y español sino a partir de 1958.

Para lograr este objetivo de incluir el universo hispano en el estudio mundial de la tradición oral, Espinosa sigue la «*metodología histórico-*

*geográfica desarrollada por la escuela finlandesa de folklore*» (p.24). Así, en todos sus análisis, la preocupación por lo que él llama el «origen» o la «*más antigua procedencia*» (p.51) de los cuentos que recopila es omnipresente. El difusionismo de sus perspectivas lo llevará, inevitablemente, a discutir la «*hipótesis de la procedencia oriental*» (p.13) de los cuentos hispánicos, llegando a afirmar, por momentos, que la «*India parece ser la fuente más rica de los cuentos populares de la Europa moderna*» (p.52). Su erudito análisis no está exento tampoco de una persistente distinción entre «buenas» y «malas» versiones de los cuentos, ni de la búsqueda de una «*tradición primitiva y fundamental*» (p.147) en ellos.

Con estas preocupaciones, pues, para cada tipo de cuento que analiza, Espinosa ofrece, primero, una extensa bibliografía específica, luego una descripción de sus elementos y, finalmente, una comparación de sus variaciones (sobre todo en Europa y América, aunque también en ciertas regiones de África y en algunos textos religiosos antiguos). A menudo, además, incluye estadísticas de la presencia de tal o cual elemento en determinado tipo de cuento. Es de notar también que mantiene siempre un ascetismo estricto al rehusar cualquier aproximación al simbolismo de los cuentos; a pesar de considerar, por momentos, una suerte de perennidad, no solo en las «*leyendas*», sino también en las «*ideas*»: «*Los imperios, las lenguas, las civilizaciones desaparecen, pero la humanidad, sus costumbres, sus ideas, sus leyendas y sus cuentos persisten para siempre*» (p.21).

Aunque el criterio de la distribución de los cuentos en seis grandes categorías («*cuentos de adivinanzas*», «*cuentos humanos varios*», «*cuentos morales*», «*cuentos de encantamiento*», «*cuentos picarescos*» y «*cuentos de animales*») no se hace explícito, la genealogía de los tipos que asume cuando habla de «*grupos ya establecidos*» por otros autores (p.122), sí lo es. Así, por ejemplo, las referencias a los tipos establecidos por Aarne son constantes. A menudo, antes de iniciar un análisis, suele hacer explícito sobre qué trabajo previo está elaborando sus hipótesis: «*este estudio lo haremos a base de los elementos fundamentales y formas características establecidas por Jan De Vries siempre que sea posible*» (p.123).

Este empeño de combatir «*la escasez de versiones españolas, [y de] obtener ejemplos que hicieran posible el estudio comparativo de la tradición oral*» (p.18) de «*los países españoles de América*» (p.54), tiene consecuencias notables para el americanismo. Sus repercusiones son incluso más notables para aquellas antropologías en torno a un área concreta que suele estar, inadvertida y exageradamente, marcada por la divergencia entre hispanismo e indigenismo. Como bien lo notan Díaz Viana y Asensio Llamas, esta obra de Espinosa demuestra «*la amplia influencia de España en América, incluso en lugares y tradiciones culturales en los que no había*

*sido suficientemente tenida en cuenta»* (p.15). Señalan, a modo de ejemplo, que, en otros trabajos previos, Espinosa había ya buscado rastrear «*la huella de lo español en el lenguaje y folklore de los indios Pueblo, confirmando tal influencia en algunas formas de su vocabulario, en himnos y baladas de carácter religioso, en danzas y canciones infantiles»* (p.26). También nos recuerdan que, basándose, precisamente, en los descubrimientos de Espinosa, nada menos que Franz Boas concluiría, a partir de sus estudios de la tradición oral indígena *zuñi* de Norteamérica —y a pesar de la enorme divergencia entre sus propuestas y la perspectiva «*romántica y exotista de lo popular»* (p.27) en Espinosa—, que «*un conjunto importante del material folklórico recogido entre los indios americanos puede ser localizado a partir de fuentes españolas»* (p.26).

En suma, este libro y otros trabajos previos de Espinosa parecieran ofrecernos, al menos, dos convicciones. Primero, tal como las expresan Díaz Viana y Asensio Llamas, que «*el descubrimiento y conquista de las nuevas tierras en América se hiciera a golpe de romance, con los versos octosílabos en la boca... con los héroes de los viejos ciclos romanísticos... como referentes y guías»* (p.18). En segundo lugar, surge la certidumbre de «*que las culturas populares de raíz española se daban la mano de uno a otro continente, ahorrándole así [a Espinosa] el grosero error de simplificación que llevaría a otros estudiosos a identificar lo popular con lo indígena y lo español-europeo solo con las culturas hegemónicas de América»* (p.19). En palabras del mismo Espinosa, «*para estudiar la antropología de los indios del vasto Continente americano... Era también necesario estudiar las tradiciones e ideas de los pueblos españoles con quienes el indio había vivido en contacto»* (p.54).

Si la relevancia de esta constatación pareciera sorprendente para el americanismo arriba aludido quizá se deba a un efecto más bien indeseado de la ya vieja aversión al difusionismo en la antropología: una suerte de regionalismo exacerbado que se niega a ver que «*muchos otros cuentos»* (para no hablar de los ritos y las formas de componer el mundo amerindio) «*que antes se creían americanos, africanos o indios, son... [en realidad] de origen español»* (p.57); esto es, europeo. De hecho, la misma hipótesis parece válida para el estudio de la tradición oral, y también para muchos otros aspectos de los mundos amerindios, desde los rituales hasta la organización social —contrástese, por ejemplo, para los estudios andinos de este último caso, los trabajos clásicos de Castro Pozo (1936) y Arguedas (1968)—. ¿Cuánto de esta constatación es aplicable, por ejemplo, en el caso de las tradiciones orales de los pueblos amerindios de Sudamérica, para las que Espinosa no contaba prácticamente con ninguna fuente? En efecto, fuera del trabajo realizado por Rudolf Lenz en Chile

a inicios del siglo XX (y, aunque en menor medida, de Lehmann Nitsche en Argentina), la tradición oral de Sudamérica aparece, en esta tan erudita obra de Espinosa, como un ámbito sorpresivamente inexplorado. ¿Cuánto puede todavía (o por fin) iluminarnos hoy una lectura atenta y detallada de sus recopilaciones y comparaciones, no solo para un análisis científico de la tradición oral de regiones como los Andes centrales o la Amazonia occidental (Ortiz Rescaniere, 2004), sino también para entrenar y preparar nuestra atención a la hora de emprender nuestras propias recopilaciones? Tal es la pregunta fundamental que esta nueva edición de la obra de Espinosa renueva, felizmente, para el americanismo.

## Referencias

- Arguedas, J.M. (1968). *Las comunidades de España y del Perú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Castro Pozo, H. (1936). *Del ayllu al cooperativismo socialista*. Lima: Jirón Puno.
- Ortiz Rescaniere, A. (2004). *Sobre el tema de la pasión*. Lima: PUCP.
- Propp, V. (1985) [1928]. *Morfología del cuento*. Madrid: Fundamentos.